

# Un quehacer de Dios Padre

**¡Cuántas** veces estamos confusos, desmoralizados, perplejos! Preguntamos, inquirimos, nos esforzamos en ver la luz pero no se aclara el caos que tenemos, mejor dicho, el caos que somos.

Jesucristo nos invita a llamar a su Padre, papá, pues eso quiere decir el término 'abba': 'papá', 'papaíto'. Y nos dice: "Cuando quieras rezar, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará." ¿Qué puede hacer Papá-Dios por nosotros? Veamos.

En el libro del Génesis, en uno de los dos relatos de la Creación del mundo, se dice que "la tierra era algo informe y vacío", era una confusión, un caos, todo mezclado y revuelto. Y se añade que una labor de Dios al crear, fue ordenar ese caos, separar unas cosas de las otras: la luz de las tinieblas, el agua de lo seco, las aguas del cielo

(nubes) de las de la tierra (ríos y mares), etc.; y luego, poner cada cosa en su lugar: las aves en el cielo, los peces y anfibios en el mar, y los cuadrúpedos y reptiles en la tierra, etc. ¡Pues eso, ordenar el caos, es lo que, precisamente, hace Dios Papá con nosotros cuando, confusos y revueltos, nos acercamos a Él en soledad y silencio, con confianza! Nos pone amorosamente en orden con su luz y su presencia: sosiega nuestros deseos y sentimientos, nos señala las tentaciones, nos da fuerzas y sabiduría para amar, etc., etc. Cada cosa en su sitio y bien separadas unas de otras, sin mezcla ni confusión. ¡Qué paz! ¡Qué alegría!

¡Vale la pena, pues, ahondar en este consejo de Jesucristo y "visitar" en nuestra habitación a Dios Padre! ¡Él continúa ordenando caos por siempre en este mundo!

**Juan Miguel González-Feria**

Para acceder a  
más artículos  
y escuchar el  
audio de este:



# Esperar con aceite en la lámpara

**No** tenía ninguna actividad más importante que la de estar esperando a su prometido, a quien apenas conocía. Sus padres habían acordado este enlace porque se veía muy conveniente desde el punto de vista de la tradición, la unidad de los pueblos, la continuidad de la familia y el cuidado de los campos. Se decidió que cuando él tuviera preparada la vivienda para ambos la iría a buscar y se celebraría el matrimonio, pero no se sabía ni el día ni la hora, así que ella tenía que saber estar preparada.

¡Estar preparada!, es decir: aprender a prepararse. Cosechar las flores para adornar la casa, tener refresco para el viajero, una sombra para el calor, un asiento para el andante, agua y comida para el burrito que lo cargara. Y estar siempre lista para marchar, con lo imprescindible para una vida conyugal, ojalá incluir esencias y aceites. Preparada para cuidar la estirpe, a su esposo y los que lleguen. Preparada para sobrevivir a las inclemencias y alegrarse del buen tiempo. Preparada para acompañar y no ser obstáculo. Debía saber tener su lámpara con aceite, su túnica limpia. Saber coser y tejer, cosechar y sembrar.

Cuando María contó su historia a sus nietas y nietos, nadie de ellos podía comprender que no se enamoraran primero, que vivieran el noviazgo sin verse, sin conversar y preguntarse mutuamente. Encontraron que era cruel prometerlos, y todavía casarlos, sin preguntarles si se gustaban siquiera. Y María, a quien fascinaba explicar esta historia uno por uno, les advertía: “¿imaginan que no hubiera conseguido amar a su abuelo?, ¿pueden creer que existiera uno

mejor para mí?, ¿piensan que su abuelo estaría mejor cuidado, habría tenido mejores hijos o nietos?”. Los chicos quedaban atónitos frente a la respuesta de su dulce abuela y respondían: “no, no podemos imaginarlos de otra manera y los amamos a ustedes”.

“Bien”, respondía María, “pues más les vale, porque sin su abuelo y sin mí, ninguno de ustedes existiría”.

La ternura que se apropiaba de ambos era tal que no parecía posible imaginarlos uno sin el otro, compañeros siempre y en todas. Para los hijos de sus hijas e hijos, los ancianos de hoy eran una unidad sin necesidad de adjetivos. Supieron amarse. Se amaron. Y cuando el tiempo dijera basta, se separarían, pero nunca en verdad sus almas porque en el amor se habían unido para siempre. Si uno partía antes que el otro, el amor seguiría.

María, quien supo guardar grandes secretos en su corazón, supo que amar era un arte de todos los días, a veces con inspiración, otras con gran esfuerzo. Nunca le interesó saber si hubiera sido más fácil en otras circunstancias y no tuvo actividad más importante que la de aguardar, acompañar y crecer en ese amor. Vivieron ella y su esposo en una sociedad primitiva en la que ambos tenían cada uno su rol muy claro, pero el gran trabajo de todos los días fue hacer de ello un pedazo de eternidad. Quienes les conocieron no tienen la menor duda que hicieron un gran trabajo.

**Elisabet Juanola**

**“Dios desea que seamos felices aquí, ya, en la tierra, pero con una condición: que lo seamos todos. Por eso nos pide que trabajemos para que el que es infeliz sea algo más feliz”.**

**Alfredo Rubio de Castarlenas**

## Libre, inteligente, capaz de amar

El ser humano es libre.

El ser humano es inteligente.

El ser humano es capaz de amar.

Ver video:



## Un bien para los demás

Bajarnos del coche para ayudar a alguien que lo necesita, es una manera de reconocernos humildes: detener nuestra marcha, poner los pies sobre la tierra, compartir las circunstancias del otro.

Toda persona es un bien para los demás. El sólo hecho de existir es ya un bien.

Ver video:

